

En la frontera de las imágenes de una inmigración en doble sentido; ida y vuelta

Raquel Fonseca *

Resumen: El tiempo que precede a la inmigración es un tiempo de expectativas y de imágenes, animadas por el sueño de lo desconocido y deseado. Un trayecto de una experiencia marcada por una inmigración en doble sentido: un recorrido íntimo y a la vez común para todos aquellos que osan desplazarse a otras culturas. La fotografía que precede esta aventura, ciertamente contribuye a materializarla, porque primero siempre estuvo la imagen.

Palabras clave: experiencia - incertidumbre - fotografía.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 84]

(*) Fotógrafa, docente e investigadora de Centro de Artes y Letras de UFMS/RS-Brasil. Coordinadora académica del Programa de Posgrado de artes Visuales/PPGART de la Universidad Federal de Santa Maria RS, Brasil.

“En las ciudades por donde pasamos no nos ocupamos de ser estimados. Pero cuando debemos quedarnos en ellas durante algún tiempo, nos preocupamos de ello. ¿Cuánto tiempo hace falta? Un tiempo proporcionado a nuestra duración vana y mezquina”. Pascal

La idea de dejar el país natal no fue el resultado de una decisión intempestiva, sino de una larga reflexión poblada de imágenes a la vez idílicas y contradictorias semejantes a las que vivimos en nuestros sueños, sin embargo las escenas al día siguiente salen de la esfera del sueño y perduran con la emoción que ellas suscitan. Es por esta serie de emociones entrelazadas, de posibles e imposibles, que la idea de una partida se esboza contradiciendo una realidad adversa al viaje tan soñado. Es necesario decir que el tiempo que precede a la partida, sobretodo el de la inmigración, es un tiempo de expectativas y las imágenes originadas por esta experiencia no están vacías de sentido. El sentimiento que emerge proyecta, sobre el lugar deseado, cierta cualidad independiente de sus cualidades reales al punto que el futuro queda incierto. Es entonces, cuando con esta parte de semejanza de realidad que con coraje emprendemos el camino escogido con determinación.

No había en el desplazamiento un fin que no sea más que la motivación primera; puedo decir que el solo hecho de desplazarse lleva en sí mismo su propia determinación, el objeto de un deseo de conocer gratuito y pertinente ¿y por qué no también el de un conocimiento más refinado de sí mismo? Esa mirada sobre sí mismo, en realidad no espera la partida

para ser puesta a prueba; ella nos abraza y de cierta manera prepara el porvenir para los entrelazados del presente y del futuro que el imaginario nos libera sin cesar; él nos obliga a posicionarnos en tanto que “voyeur”, actor en pensamientos y actos; es presente porque las imágenes ocupan lo cotidiano como también el futuro enunciado por ellas. En estado de ensueño se mezclan con cierta materialidad las imágenes futuras, imágenes imponderables pero al menos estructurantes en la construcción o en la formación del individuo partiendo hacia otros horizontes. Es así como el sueño preservado de una vida responde de cierta forma y de manera simbólica, al deseo de vivir de otra manera.

Esta transformación me parece fundamental ya que permite protegerse de los excesos del imaginario que no conoce las fronteras que riesgosamente nos puede hacer vagar más allá de lo posible. A pesar de la paradoja, es por esta libertad del imaginario que las brechas se presentan y abren, permitiendo considerar el paso de las fronteras reales por vías concretas que conduzcan con certeza al destino elegido.

Si el contexto de una vida apacible de provincia nada presagiaba un viaje, menos aun, el que me conduciría a Francia, la idea de evasión me habitaba siempre, pero muy a menudo la de ese desplazamiento lejano se tornaba imposible a la vista de mi entorno. Ciertamente nada en concreto, porque la posibilidad en aquel entonces no se sustentaba sino por su cualidad de imagen soñada; mientras tanto la evasión ya estaba allí en el imaginario que vagaba a lo lejos derribando fronteras; de suerte que la invitación al país de mi elección tenía la posibilidad de una ventajosa afirmación. En todo caso ésta travesía animaba la existencia cotidiana de este deseo de una confrontación con lo desconocido y ciertamente con esa parte desconocida oculta en lo más profundo de mí misma. El desarraigo conduce forzosamente a una experiencia interior con todas las dificultades que tal inmersión impone; si en las condiciones de la vida cotidiana no es tan evidente mirarse ni apropiarse de cosas vistas en el fondo de sí mismo, es aquí donde quizás reside el peligro de todo desarraigo, porque en la medida de lo posible hay que encontrar en sí mismo el equilibrio necesario para vivir eso que nos es inhabitual y sobre todo relacionarse con el otro, en el tiempo de quien llega como extranjero, sin el temor de ser extranjero para el otro.

El momento de la partida llegó. El 26 de septiembre de 1983 partí a París. Una vez llegada y, a pesar del estrés de un examen de francés en la Sorbona al día siguiente, el fantasma de lo desconocido no estaba en este encuentro.

La determinación fue lo que ciertamente pudo contrarrestar el hipotético malestar de una extraña opresión. Recuerdo hoy todavía la sensación de libertad vivida; ese sentimiento que me hizo recordar hasta la más mínima luz de los reverberos y sus reflejos sobre el pavimento de Montparnasse antes que el asfalto viniese a arrancarle su poesía. Y acuerdo con Proust: “Yo soy otro” sin por ello perder la cohesión de una relación prolongada con mis propias raíces”. (1998) Montparnasse, ha quedado como el lugar donde comenzó un recorrido que dura por siempre. Difícil de explicar la armonía que ha existido entre la cultura local y yo. Puede ser que la larga construcción de esa ida, haya tenido el mérito de favorecer el encuentro. Sin sentirme verdaderamente extranjera en París, mi vida se desarrolló sin grandes dificultades entre descubrimientos, estudios y nuevas amistades. Si el paisaje y la lengua no eran más los mismos, faltaba abordar los diferentes problemas cotidianos, pero ellos no eran más que los de un estudiante, lo propio por pasar de un lugar de vida a otro, la pregunta que uno se hace, parece ser, de otro orden.

La adaptación de una nueva vida en tierra extranjera pasa esencialmente por la comunicación y el lenguaje, que en este caso no es un accesorio. Para esta experiencia, había que confrontar el lenguaje corriente con sus palabras de 'argot' hasta entonces desconocidos por mí, obligándome a re-aprender, sino el francés, el habla parisina. Había que tomar posesión de ese habla a fin de servirme de él como los otros, más por necesidad de hacerme comprender, por asimilación mimética, las palabras escuchadas. La sensación experimentada al principio era desconcertante porque uno se encuentra en un callejón sin salida, sorprendido a veces de las variaciones que una lengua hablada contiene, mostrándonos más como extranjeros, privados de una experiencia oral, práctica de la lengua. Es la lengua la que nos expone como el inadaptado en una tierra extranjera. Es la lengua entonces "el objeto cultural que va a jugar un rol esencial en la percepción del otro" (Augé, 2011). El reencuentro y la adaptación pasa por este útil primordial, la lengua. Sin un manejo razonable de este útil, es muy difícil cruzar las informaciones, de establecer un diálogo, de tejer los lazos y en fin, de coexistir. La lengua es una de las condiciones de pertenencia a un lugar, al mismo tiempo que ella asigna al extranjero su diferencia. Ella ocupa un lugar importante para todos ciertamente, pero para el inmigrante, ella va más allá de la aprehensión mecánica de las palabras pues es símbolo de la diferencia, una diferencia a veces molesta, la lengua nos puede dejar al margen del movimiento de la vida cuando los otros transitan confortablemente en el centro de la misma, "el uno para el otro coexisten a través de un mismo mundo". Con la lengua es todo el cuerpo que interactúa y se comunica a través de palabras, gestos y actitudes del ser al mundo, de ser en el mundo que solo su movimiento hace integro y posible.

Hay que decir también, que al comienzo de una aventura en otra tierra, diferente a la suya, la vida se ve como en un espejo extendido, sin preocuparse a veces que esa superficie sea deformante. Liberadas transformadas, esas imágenes falsas, las creemos verdaderas durante este comienzo cuando aun están formadas en un estado de sueño; nos hacemos una idea y queremos autentificarlas a menudo con imágenes que creemos ciertas, pero, en este estado de cosas nada se reduce al puro juego de apariencias; el sueño del principio encuentra sus raíces más profundamente de lo que podemos creer y en él "ni la contradicción es señal de falsedad ni el acuerdo es señal de verdad" (ibid, 2011) cuando el deseo de vivir las experiencias, por otra parte, lejos de la certeza del territorio de nacimiento, habla más fuerte que todo el resto y se reviste de la intuición de un posible renacimiento y en la génesis en un país distinto al suyo.

Un 'renacimiento' por desarraigo no se da sin contar con las transformaciones síquicas y sobre todo las subjetividades, véase las inter subjetividades del ser. Porque es preciso osar deambular, en esas profundidades para poder ver, remontar otras imágenes que se cruzan y se entrecruzan, sin por ello transfigurar la totalidad del ser en el mundo. Es ésta una difícil tarea a afrontar ya que las imágenes vividas e imaginadas se entrelazan las unas con las otras con intensidad. Es cierto que hay que cuidarse de toda tentación de ruptura completa con el pasado, en este tiempo de adaptación, a fin de que un equilibrio nuevo pueda producirse como un complemento, un aumento de la experiencia y no como una sustitución de valores pacientemente madurados y antes adquiridos. No se trata de rellenar un vacío pero, sí de añadir lo que falta. Ningún individuo esta vacío de experiencia y si él le otorga un exceso de importancia y de calidad a todo lo que le falta y todo lo que es nuevo

en el país de adopción, le será necesario en su reconstrucción en el nuevo país, recordar que toda persona desplazada jamás llega sin equipaje, real o simbólico.

La existencia ubica al individuo en el mundo y el hombre lo habita, haciendo cuerpo con su movimiento, con sus experiencias diversas; es en esta diversidad del movimiento que se une al mundo que habita. La gran dificultad de un inmigrante es la de entrar en el movimiento y así hacer cuerpo con él de manera de integrarse a la sociedad. Si al principio de la experiencia es normal estar al margen de este movimiento, es contraproducente continuar mirándolo todo desde la periferia, viendo correr el tiempo. Es extraño ciertamente pero sucede más a menudo de lo que se cree. Esta actitud extraña no depende de la particularidad de un lugar preciso, sin embargo, ella tiende a instalarse inconscientemente y en diversos grados, de manera casi unánime en todos los seres que viven alejados de su hábitat de origen. Esto pasa también en una nación continental como Brasil con los habitantes del norte del país que migran de la provincia para ir al sur en búsqueda de lo que les falta. Para regresar a mi viaje a París, como todo desplazamiento a tierras lejanas, yo llevaba un equipaje de imágenes, cicatrices y carencias ligadas a mi experiencia en un período de represión militar. Nunca fui militante pero tenía una actitud de desconfianza hacia el Estado dictatorial de la época. Era muy difícil ser estudiante cuando todo estaba programado para obstaculizar todo pensamiento creativo e imaginativo. La angustia ante la nada, suscitada por la dictadura militar impedía toda tentativa que llevara al descubrimiento, a una libertad de expresión y esta situación se hacía sentir muy especialmente en las escuelas de arte. Durante este régimen dictatorial estábamos faltos de una fundamental libertad de expresión y de creación. No hacíamos nada, no pensábamos en nada por temor de estar fuera de las normas impuestas; normas difícilmente discernibles porque no eran siempre francas, queriendo parecerse a una normalidad que no era tal. Profesores y estudiantes eran todos sospechosos. En ese entonces, yo viví extrañamente pero no estaba sola en esa travesía del desierto impuesta por el poder autoritario. A pesar de la despreocupación propia de la juventud, sufrir una vida sin brillo sometida a la flojedad de lo cotidiano, era desesperante. ¿Cómo construir algo creativo si ese algo se disolvía? La prensa escrita, la televisión, el teatro, el cine estaban todos controlados; no oíamos y no leíamos nada que no hubiese sido leído y escuchado antes. Éramos informados por medio de un lote de mensajes e imágenes filtrados, manipulados con una veracidad convenida. Una vida desprovista de sinceridad no podía sino estar animada por el recelo y la delación instaurada por el sistema de represión establecido. Esto me decía que tenía que tener mucha paciencia a lo largo de la preparación de esta partida anunciada hacia Francia. La vida en el Brasil era incierta y vivíamos una estabilidad aparente, en la que el malestar sufrido era disimulado por el silencio de la gran mayoría. De este periodo quedó el sentimiento de una vida mal llevada por el monstruo de grandes ojos abiertos que ha marcado a toda una juventud privada de información, y peor aún, privada de la libertad de pensar. Una vida entonces marcada por un silencio turbulento ocupado solamente por algunos gritos proferidos por aquellos que aprovechaban las brechas de la evasión y de los escapes que solo el imaginario y no la realidad les podía ofrecer. No es fácil imaginar mis ensoñadas escapadas, permitiéndome el espacio vacante donde pudiese respirar la vida y el viento de la libertad. ¿Es el imaginario una manera de resistir, cuando orienta la mirada hacia otras imágenes fuera de la realidad, al interior de ese centro de restricciones?

Si la causa directa de mi partida no fue el régimen instalado en mi país, fue al menos la gota que desbordó el vaso. El peligro podía estar muy cerca de mí. De un lado la represión militar, por el otro una violencia infligida por los marginados y los ladrones de todo género y para colmar el panorama general una inflación galopante que nos empujaba a todos a la desventura.

La vida en aquel tiempo no era fácil, en tales condiciones, no se podía hablar de una vida ordinaria. Al mirarlo en pasado, independientemente de opciones políticas, esta vida arbitraria nos comprometía, a pesar de nosotros, a un sistema en el que el presente estaba desposeído de sus hechos y sus actos, un presente sin sentimiento hacia los individuos, falta de libertad y acción. Por consecuencia el futuro quedaba en suspenso, falto de perspectivas a avizorar en permanente espera. Era difícil vivir porque estábamos privados de realizar gestos y hechos esenciales vinculados al desarrollo personal, así como el de toda la comunidad, éramos guiados como marionetas y conducidos a tener un pensamiento cada vez más decadente. Yo no era consciente, yo formaba parte de esa generación que callaba; no obstante, ese encierro en el silencio, no ahogaba, por suerte, completamente mis aspiraciones y mis momentos de evasión imaginarios. Reducida por la fuerza de las circunstancias al silencio, las imágenes jamás me defraudaron en mi deseo por hacer realidad el sueño de un cambio posible. Por el imaginario, la evasión siempre quedo asegurada.

Sin billete de retorno fue mi ida a Francia, al menos sin un regreso próximo, presagiando ya el deseo de vivir la singularidad de una doble cultura. Si la diferencia entre la cultura brasilera y la francesa fue un hecho real, mi imaginario trabajó en el sentido de una ecuación de fronteras, separándolas, así pues no hubo ruptura entre una cultura para adquirir la otra en esta experiencia de vida. Las cosas se sucedieron más por adición que por sustracción de una o de la otra cultura, y sigue siendo impensable para mí haberlo hecho de otra manera. Ser múltiple me parece muy bien, pues considero un suicidio simbólico de la subjetividad y también de la intersubjetividad de mi ser pretender lo contrario. Ahora decidí vivir en armonía con y por esta doble identidad que comenzó el 26 de septiembre de 1983, el día de mi ida a París. La palabra “desarraigo” verdaderamente no me concierne porque jamás he experimentado mi desplazamiento como tal. Si por esta trayectoria ciertas lianas tuvieron que ser cortadas, mis raíces no han sido sino enriquecidas por elementos de esa otra cultura. Entonces es necesario reconocer que nada fue simple en tal proceso. No somos híbridos, no podemos ser el uno y el otro a la vez pues es necesario intentar esta experiencia como si fuera una totalidad de nuestro ser.

Para describir este tipo de vida, pienso en la expresión de Merleau-Ponty: “Nosotros no somos un cuerpo, somos una experiencia. Es por la experiencia que nosotros nos explicamos con el mundo según un nuevo punto de vista para alcanzar un posible desenlace. Esto porque hay, de ahora en adelante, un nuevo “medio”, el mundo recibe una nueva cubierta de significación” (1971), y mi mundo personal fue “re-significado” por experiencias diversas durante muchos años.

Aquí relato un ida que ha durado veintiocho años sin interrupción. La vida anduvo su camino con buenas y no tan buenas sorpresas a lo largo de este trayecto. La prerrogativa prevista fue la de una correlación más que la de un simple contacto; aunque a veces ciertas barreras se interponían para recordarme que este río de la diferencia cultural no corría siempre apaciblemente. Ciertas marcas de fracturas de la existencia humana se revelan

más vivas cuando uno es el extranjero del otro más que consigo mismo, cuando no se comparte con él las mismas raíces. Esto se ve claro en el campo de trabajo, sobre todo si por desgracia el individuo que procede del exterior, es más competente que el nativo en la misma tarea a realizar: Uno deviene en un competidor potencial y fácil de excluir del escenario; aunque esto pueda ser sorprendente uno es desplazado más por ser competente que por incompetente. Si esto no es lógico ni políticamente correcto, este hecho sucede muy frecuentemente poniendo en evidencia la impotencia del inmigrante. Una impotencia que obliga a trabajar siempre más, a ser muy eficiente, no solamente en las tareas materiales por su capacidad humana sino para permanecer integro ante este hecho. Es necesario conducirse lo mejor posible a fin de preservar la dignidad como también la integridad del ser. Es difícil administrar una vida profesional. Ahora bien un individuo desplazado no ocupa solamente el lugar del espacio donde se encuentra, sino también hay que saber “que él se conforma en el espacio con su cuerpo y su espíritu” (ibid, 1971). No obstante, es necesario observar que la condición de artista favorece de alguna manera su estar ahí. La autonomía acordada al artista lo ubica en una categoría específica ya que es con sus iguales que él debe aspirar a un lugar. El artista es una suerte de imaginario aparte. Sin embargo olvidamos que el arte puede hacer mucho más que otras actividades humanas. No es verdad “que prestando su cuerpo al mundo el pintor cambia el mundo en pintura”? Se dice que el artista es un ser que por su condición misma de creador y por su manera operativa de comprender la realidad para transformarla, actúa significativamente allí donde él se encuentre. La fotografía, por experiencia, fue mi solución. Mis logros pasan por la fotografía y las imágenes continúan enriqueciendo mi vida y me ayudan a recrear una nueva historia; mi retorno a Brasil. Las imágenes engendradas en lo profundo del imaginario emergen a la superficie y se adhieren a la piel para devenir superficie fotográfica. El retorno imprevisto a Brasil no fue un descubrimiento encantador puesto que al fin de cuentas regreso a mi país natal; el retorno no fue fácil ya que se impuso una nueva confrontación conmigo misma y con la realidad del país. Libre de la dictadura militar que se imponía cuando salí de mi patria en aquel momento, ahora estaba de regreso en mi propio país de nacimiento siendo nuevamente extranjera. Un regreso no sin sufrimiento porque despertaron las imágenes de una vida de lucha y esfuerzo, aunque bien adaptada al lugar familiar, el regreso me hizo probar de nuevo los efectos impuestos por el tiempo pasado en el que los cambios resaltaban. La transformación del país y sobretodo del individuo que regresa con su lote de experiencia sensible e intraducible en lengua vernácula. Un regreso no es jamás anodino, puesto que reclama ser otro; no regresamos jamás pura y simplemente al territorio de nacimiento. No es la realidad geográfica la que cuenta, pero si la de los territorios de donde somos los portadores y los contrabandistas de historias que son de buen y de mal-grado, escritas en el fondo de nosotros en el momento de nuestra experiencia de la “extra-territorialidad”. En el extranjero el cuerpo es sometido a los juegos de percepciones y emociones en su alteridad y, al regreso, la alteridad continua ofreciendo un espejo extendido y deformante de eso que nosotros percibimos de nuestro país, ella reactualiza los horizontes de espera. La inmigración es entonces una experiencia de doble sentido donde el pasado, el presente y el futuro se cruzan en nuestro imaginario para tejer con él una nueva “visión del mundo”: La frontera entre el país extranjero y el país natal se funden y se interpreta con mayor libertad.

En efecto, si mi ida fue marcada por el sueño de descubrir y de comprender la diferencia, absorbiendo el conocimiento; Brasil, mi tierra natal, hubiese podido hacer más fácil mi retorno, pero no fue el caso. Heme aquí de regreso a un país libre de la dictadura militar, que a la vez hizo su propio camino y se volvió extraño para mí. Experimenté, entonces una suerte de exilio en mi propio país, fui paradójicamente percibida por los brasileros como alguien venido de otro lugar, diferente a ellos mismos, ya que para algunos, yo era verdaderamente francesa. Quedé confusa, y en medio de tantas cosas a considerar no me daba cuenta ser vista y tratada como francesa por algunos de mis compatriotas como una manera de establecer la diferencia en su territorio. Esta desigualdad fue acentuada porque me encontré en una región del país desconocida hasta entonces por mí, con las características de una ciudad provinciana. Desde ese momento, mi vida parisina pasaba a formar parte del orden imaginario y cuando me hacía falta, ella adquirió un nuevo peso en mi sensibilidad y una significación que me exigía ir más allá de lo que la memoria imagina, una carencia no ocupada pero desviada por mi nueva vida de profesora universitaria que tenía que asumir. Me fue necesario enfrentar tantas diferencias incluidas en un mismo paquete. Fue necesaria mucha fuerza moral y un intenso trabajo para emprender este re-encuentro con mi extraño país. Nuevamente naturalizada pero ciertamente diferente. Extraño acto el de ir y de volver; un camino por el cual nos conocemos y nos desconocemos a la vez. Las cosas simples se revelan en toda su complejidad. La vida es completamente hermosa cuando se tiene la suerte de verla a través de la infinidad del sueño, ya que “entre nosotros y la vida existe un cristal frágil. Por muy nítidamente que la vea, no la puedo palpar” (Pessoa, 2006). La fotografía jugó un rol fundamental ya que en la partida, la novedad producía frecuentemente una parada sobre la imagen como una necesidad de comprender mejor el movimiento del que formaba parte integrante: El ojo ‘appareillé’ de la fotografía es una meditación que facilita la aproximación a la realidad. Mis fotos de París estaban cargadas de una poesía intimista que el blanco y negro acentuaba y me conducían al encuentro de imágenes que yo me hacía de esa ciudad antes de partir.

Seguramente la fotografía me ayudó a “moldear el paso”, a seguir un ritmo diferente de mis hábitos brasileños; si ella me permitió integrarme al movimiento de la vida parisina para no permanecer al margen, no fue por casualidad, ya que la fotografía era el instrumento conciliador de un imprevisto retorno. En la universidad, rápidamente tuve que emprender la actividad de investigación sobre la fotografía, objeto de arte, ampliamente solicitado en nuestra época. Si en París la fotografía analógica fue privilegiada por mí, en Brasil ella pasó a un segundo plano de realización; por un lado por la dificultad del material para realizar el trabajo analógico, por el otro, porque la fotografía numérica responde con más precisión a las necesidades de una sociedad urgida de ‘ver’ y también por lo que hace del arte contemporáneo, un arte tecnológico por excelencia, que abraza con fuerza lo numérico.

Mi trabajo no ha hecho más que continuar, alimentando una cierta cohesión del mundo de la imagen y de la vida tangible durante mis desplazamientos; trátese de fotografía analógica o numérica y, en particular, mis investigaciones sobre la fotografía en movimiento, no se trata de una parada sobre la imagen sino el de seguir el movimiento que ellas suscitan aprovechando los efluvios que hacen propicia la interacción con la realidad o el paisaje ambiental también idílico que requiere un esfuerzo de cohesión del ser con su

imaginario y de sí mismo con el movimiento de la vida en el lugar donde uno ha elegido vivir. En todo caso, la fotografía parece uno de los medios más eficaces para apropiarse de las cosas del mundo y por su ejercicio uno pasa a formar parte integrante de él, porque uno no fotografía el mundo sino que lo hace con él. Porque la fotografía significa estar allí, haciendo acto de presencia. Mi vida, ha sido formada por el concurso de imágenes y mis relaciones pasan por la fotografía. El fotógrafo es un caminante que ve de otra manera la vida que pasa ¿Por cuánto tiempo? Por “un tiempo proporcional a nuestra duración vana y frágil”, como dice Pascal.

Puede ser que los caminantes se encuentren en un momento, coloreados en su totalidad de otras historias, de otros paisajes, más o menos descifrables, dependiendo del equipaje que cada quien lleve consigo.

Referencias bibliográficas

Augé M.; Didi-Huberman, G. & Eco, U. (2011). *L'expérience des images*. Paris: INA Editions.

Merleau-Ponty, M. (1971). *Existence et dialectique*. Paris: PUF.

Pascal (1976). *Pensées*. Paris: Flammarion.

Pessoa, F. (2006). *O livro do desassossego*. São Paulo: Editora Schwarcz S.A.

Proust, M. (1998). *Por el camino de Swann / En busca del tiempo perdido*. Madrid: Alianza, vol. I.

Abstract: The time preceding immigration is a time of expectation and images, animated by the dream of the unknown and the desired. A journey of an experience marked by immigration in two ways: an intimate journey, yet common to all those who dare to travel to other cultures. The picture that precedes this adventure, certainly contributes to its materialization, because the first was always the image.

Key words: experience - uncertainty - photography.

Resumo: O tempo que precede à imigração é um tempo de expectativas e imagens, animadas pelo sonho do desconhecido e desejado. Um trajeto de uma experiência marcada por uma imigração em duplo sentido: um percurso íntimo e à vez comum para todos aqueles que migram a outras culturas. A fotografia que precede esta aventura, contribui a materializá-la, porque primeiro sempre esteve a imagem.

Palavras chave: experiência - incerteza - fotografia.
